MIGUEL VASSEROT

CUANDO LLEGUES AL INFIERNO



NdeNovela

Miguel Vasserot

Cuando llegues al infierno

NdeNovela

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Miguel Vasserot, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025
NdeNovela, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.ndenovela.com
www.planetadelibros.com

Ilustraciones del interior: © Antonio Lorente

Primera edición: septiembre de 2025
Depósito legal: B. 13.778-2025
ISBN: 978-84-10140-33-2
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Liberdúplex
Printed in Spain - Impreso en España



Capítulo 1

5 de noviembre de 1882. Domingo
Faltan 386 días

Tasio rondaba los veinte años.

O así lo creía él, porque desconocía cuándo y dónde lo habían parido. Imaginaba que no muy lejos del número 74 de la calle Mesón de Paredes, donde lo abandonaron la noche del 18 de octubre de 1863, día de San Tasio.

El torno de la inclusa no giró bien y la portera que estaba de guardia, tras oír la campana de aviso, tuvo que salir del edificio a recogerlo. Ese breve espacio de tiempo fue el que precisó para dejarse caer al suelo, recomponerse del golpe y comenzar a gatear hacia la sombra que escapaba en la oscuridad. La portera, con el niño en brazos, pidió el auxilio de una enfermera del hospicio para curarle los arañazos antes de registrarlo. Los andrajos que llevaba apestaban a refrito. El comentario en la sala de cuna fue que, si por el olor tuvieran que acertar el oficio de la madre, su puesto estaba frente a una sartén cargada de arenques.

En el libro de registro se anotaron la hora a la que «cayó» al torno y la ausencia de referencias escritas sobre sus orígenes o si estaba bautizado, así como la existencia de una peca junto al ojo derecho: debían constatar alguna característica externa que ayudara a distinguirlo del resto, por si la madre regresaba a por él y, como había ocurrido alguna

noche de mucho trajín, ni recordaba la fecha de su abandono.

Al vestirlo debatieron sobre su edad, pues se mantenía en pie sin dificultad, aunque prefiriera gatear para desplazarse. «Pon "un año"», ordenó la directora, que bajó a supervisar el trabajo.

A la mañana siguiente de su ingreso le asignaron un ama de cría que se sorprendió de la facilidad con que el pequeño le sacaba la teta y se la ponía en la boca. Una semana de espera era el plazo que daba la inclusa antes de bautizar a los niños a los que la familia no reclamaba. Le pusieron el nombre del santo correspondiente al día de su abandono y lo apellidaron García, tal como se había acordado hacer en las partidas de bautismo de estos pobres niños para evitar el estigma del «Expósito» de turno, que tantas críticas había recibido en la prensa.

Antes de cumplir los cinco años, Tasio García había convivido con varias nodrizas de las que se ofrecían para la crianza. Dicho así podría parecer que entregaban su vida al sacrificio de criar hijos ajenos, pero la mayoría lo hacía por la asignación y porque pronto los pondrían a trabajar. No obstante, y pese a que Tasio era un niño fuerte y que a los ocho o nueve años sería perfectamente capaz de trillar paja o arar el campo, no tardaban en devolverlo a la inclusa.

«Espere, espere un poco antes de ir a ver al Tasio», le sugirió doña Ángeles, la directora, al visitador del hospicio la semana que tenía en su ruta la tarea de inspeccionar a las nodrizas de los pueblos de Moratalaz y Vicálvaro. Efectivamente, a los pocos días apareció Engracia con cara malhumorada, recriminándole a la institución: «Este —movía la mano que sujetaba la del niño— me arruina. Come como mis cuatro juntos, y lo que me dan por cuidarlo no es pa tanto».

Lo mismo había ocurrido unos meses antes con Herminia, que se pegó una caminata de tres horas desde Vallecas para llegar con Tasio y la cantinela de que el crío era muy revoltoso, y ella, con veintiocho años, mayor para criar a uno nuevo.

El último intento fue con José, el maestro cochero, pues su mujer no podía tener hijos y habían decidido prohijar a un niño de la institución benéfica. Como había confianza con la directora de la inclusa, esta, antes de comparecer ante el notario para formalizar la adopción, un miércoles le «dejó», fueron sus palabras, al niño una semana para que estuvieran seguros de a qué se exponían. El viernes regresó José comentando que el crío solo comía: «Ni habla ni besa a la que le hará de madre ni atiende a lo que se le dice, y anoche se zampó toda la sobrasada de una semana». José hizo entrega del huérfano depositando la mano de este en la de la directora, como si fuera una correa que cambia de dueño. Pese a que la imagen pueda tildarse de drama, la monja no pudo evitar reírse cuando comprobó que llevaba el rostro manchado con el color del embutido. Los ojos abiertos como platos, la cara de pillo y una pequeña inclinación de la cabeza en dirección al hombro, como diciendo «Pues aquí estoy otra vez», bastaron para que la encargada del hospicio rompiera a carcajear y así siguiera con el niño cogido de la mano hacia las cocinas, donde le preparó un bocadillo de vino con azúcar, que sabía que le encantaba.

Al final, las monjas de la inclusa despidieron a Tasio entre lágrimas. Tuvieron que acatar la norma de mandarlo, con doce años, al Colegio de los Desamparados, donde formaría parte de los que se llamaban «pobres de solemnidad». De allí se escapó un año más tarde, harto de las continuas amenazas de alistarlo a armas en África si seguía negándose a cumplir los cometidos que le imponían: limpiar los esta-

blos, pintar las puertas del colegio o cazar ratas si había plaga. Desde entonces vagó por la Villa en busca de cobijo, comida y mujeres con que saciar sus necesidades.

A este veinteañero, curtido en la calle, no parecían afectarle los cambios de temperatura: dormía, ya fuera verano o invierno, a pecho descubierto. Era un hombre fuerte y con ese tono varonil de facciones marcadas, barba rasurada y patillas pobladas que llegaban hasta la mandíbula. Nunca le gustó su pelo moreno y rizado, porque de niño las monjas intentaban en vano peinarlo con raya. Los caracolillos no tardaban en volver a su posición natural, para enfado de la peinadora de turno, que de nuevo le tiraba del cabello con la ayuda de un peine de finas púas.

Si hubiera nacido en una familia acomodada, habría destacado por su prestancia, pero como carecía de tal virtud solo podía contar con su habilidad en el engaño de los juegos y con el atractivo que la naturaleza le había regalado. Sabía que sus ojos verde agua y su boca carnosa eran una carta de presentación difícil de pasar por alto. Al sonreír mostraba una dentadura sin huecos y se le desviaba un poco la nariz, fruto de una fractura mal curada. Ese buscavidas podría ser la mejor imagen de un pirata de novela de los que tenían una novia en cada puerto.

No había concluido el día 5 de noviembre de 1882 cuando Tasio dormitaba en el interior del hipódromo de la Castellana. Estaba desnudo. El sonido entrecortado de su respiración reverberaba contra las paredes de la galería de acceso a las dos docenas de cuadras, numeradas de la 1 a la 25. La 13 ni existía ni se la nombraba. Estaban vacías, salvo la ocupada por el asno de Blas.

La peste a estiércol y orín se hizo más patente cuando se

oyó el ruido de una meada larga seguido de la caída de unas cuantas boñigas. El hedor se volvió entonces caliente y denso. El asno sacó la cabeza por encima de la portezuela y vio que Tasio tenía la suya apoyada al otro lado de la madera que los separaba. Rebuznó y dejó que su baba hiciera una vertical perfecta para caer en la frente del joven, que despertó con un repullo. Tras abrir los ojos, inspiró profundamente y se puso a vomitar. Aprisionó en la mano la medalla que le colgaba del cuello, pero al momento el puño comenzó a aflojarse hasta dejar al descubierto el grabado de la Virgen de la Inclusa.

Ya fuera por casualidad o por mala leche, el asno dejó caer otra dosis de baba espumosa en la mejilla de Tasio, que de nuevo volvió en sí para retirarse aquel asqueroso regalo. Le costaba moverse. Sentía como si todas sus extremidades estuvieran sujetas al suelo con cuerdas, y hasta levantar un brazo era una odisea. Intentó levantarse y cayó de culo; quedó sentado con las piernas separadas, tambaleándose a ambos lados. Empujó la portezuela de la cuadra y fue a gatas hasta el abrevadero, donde metió la cabeza. La sacó y quiso sacudirse los pelos como si fuera un podenco, pero al primer giro se sintió mareado. Pese a la oscuridad, se dio cuenta de que el asno estaba muy nervioso. Algo pasaba. Se acercó el brazo a la nariz y notó un olor raro que incluso enmascaraba el resto. Un ratón brincó desde el borde de una tabla y cruzó delante de él con la tranquilidad de verlo inerme.

Tasio se conocía al dedillo el hipódromo de la Castellana, porque su amigo Blas era el vigilante de noche. Tenían acordado que se podía quedar a dormir a cambio de vigilar las cuadras mientras el otro se encargaba de rondar por las gradas. Lo cierto es que también eran compinches en el juego de triles, que practicaban en el Rastro los domingos. Blas ponía la cara de bonachón y pinta de vago de nacimiento

para fingir ser el vencedor de las apuestas que cantaba Tasio mientras movía los cubiletes. Cuando el ingenuo de turno se situaba frente al puesto de Blas y señalaba el cubilete elegido, este estaba tan vacío como la sesera del muy incauto. Que ya hay que ser torpe para caer en la misma trampa repetida desde hacía más de cien años, cuando se inauguró ese mercado. Exactamente igual que ocurría en ese juego en el que se repartían las ganancias, el acuerdo para pasar la noche en las caballerizas estaba amañado de principio a fin: por el vigilante, porque se marchaba al pabellón real a dormir; por Tasio, porque nada más verlo salir de la galería, hacía lo mismo que él, pero junto al asno.

Pese a la zambullida, Tasio no lograba despejarse la cabeza. Palpó a oscuras hasta encontrar en un hueco la vela que guardaba junto a una caja de fósforos, y rascó uno. El fogonazo molestó al compañero de estancia, que se puso a patalear. Enderezó el pabilo y lo prendió. La luz le permitió ver que junto a la puerta de la cuadra estaba abierta la mesita plegable que usaba en el Rastro. Sobre ella, un tazón con flores, un par de vasos, cada uno de su padre y madre, y dos botellas. Le asomó a los labios una sonrisa boba cuando recordó que por la noche no había estado solo. Concluyó que el cansancio, el fuerte dolor en el pecho y el sopor que sentía eran fruto de una simple resaca. Se tocó el escroto y notó que le dolía; lo mismo ocurría con la cabeza y el cuello, que estaban agarrotados. Percibió también un picor incómodo en la axila. La piel le brillaba de una forma extraña.

Ojeó hasta que localizó su camisa de paño, que sacudió antes de ponérsela. Lo mismo hizo con el pantalón y el calzado. Comprobó que en el bolsillo seguía el dinero que le había entregado la señora, cogió una de las botellas y terminó de bebérsela de un trago. Se mantuvo impávido unos segundos. Los dedos de la mano se relajaron poco a poco y el

recipiente cayó al suelo, donde se quebró en pedazos. Se limpió la boca con el antebrazo, sin reparar en que sus toses habían manchado el tejido con el color de la sangre. Encaminó sus pies hacia la pista del hipódromo, donde la luz de la luna permitía distinguir los contornos del monumental recinto. Ahogó la vela con las yemas y se quedó mirando las gradas extasiado. Era un edificio elegante, de porte aristocrático y diseñado según la moda de imitar en hierro fundido las construcciones árabes.

Tasio comenzó a oír las voces del público aclamando su nombre. En su delirio, abrió la puerta de la barandilla que rodeaba el óvalo de la pista y anduvo hasta el centro. Se quitó la ropa. Solo unos escarpines de cuero desgastados quedaron en sus pies. Alzó los brazos y comenzó a exhibirse a un graderío vacío, que él imaginaba coreando su atrevimiento.

Al amanecer, Blas encontró el cadáver desnudo de Tasio en mitad de la pista.